

Mapa de mí

Luisa González López

I

La tarde es una niña teñida
de otoño y de vencejos.

Dibujo un mapa de mí
para que tú emerjas.

Delimito en la nada
los puntos cardinales.

II

Aún la vida late en tu muerte:
libérame de la pureza

de la parra, del canto
repetido de la perdiz.

Trazo fronteras con las uñas,
ordeno tus huesos.

III

Toda distancia me aísla
del corazón, me acerca a tus cenizas.

Yo soy el mapa, tú el poema.

Cruzo mares de olivos
a bordo de mis venas.

IV

Delimito ayer y hoy
en un mismo mapa.

La memoria está hecha de alpechín.

La brisa saborea la deriva,
su ruta de espejismos y cal.

V

El verano es un lavadero
donde el juego se inventa.

La tierra me habla de sus muertos.

Tú ya no estás, todo es vacío
cuarteado e inútil.

VI

Los zorzales fornican con el cielo.

Nacen nuevas bahías
en recuerdo de tu regazo.

Cuánto norte había en agosto.
Qué fiesta fue la infancia.

VII

Las sábanas disfrazan
fantasmas de abandono.

En algún cajón queda
el perfume que de ti habla.

La esencia de lo que fue presencia,
alondras en tu casa.

VIII

Salitre y hierbabuena
en la boca, tiestos

en las singladuras del balcón.

Señalo con banderas como labios
los lugares que ocuparon tus besos.

IX

El tiempo me tiende una celada,
sus lazos de quietud.

El viaje es un empeño,
una licencia, un barco

anclado en tu esqueleto.

X

Dónde ubicar mi tribu,
nómada del esparto.

Hasta cuándo seguir tejiendo
suaves alfombras de pleita.

Para qué estas maletas,
su innecesaria desnudez.

XI

Para qué estos pecios
prendidos de mis manos.

En el centro de mí
nace el espacio que de mí me aleja.

Cuánto pretexto en pérdida.

XII

Llevo en los ojos un ajuar
de arena y caracolas,

líquenes en los pies,
arcilla en los párpados.

Tu mecedora mueve
océanos, espacios ocupas.

XIII

Balancea tu tristeza,
escarcha aceituna en los dedos.

El vino se derrama
como la oscuridad.

Yo soy esa niña que se tiñe
de pájaros y oro.

XIV

Poniente me espera.

Hay un mapa de mí
bajo la niebla y la memoria.

Qué vértigo la vida
desde esta encrucijada.

XV

La rosa de los vientos
sólo es rosa en el sur.

No cesa el movimiento
del mar: sólo cesa el ojo,

su círculo encendido y obscuro.

